

Como hemos dicho, el movimiento religioso era en Jerusalén el más tardado y lento que en el reino de Israel. No se experimentaba tanto la necesidad de recoger las tradiciones. No existía allí nada parecido al Libro de las Leyendas de Israel ni al de las Guerras de Jehová. Estos dos libros, propiedad exclusiva del Norte, probablemente no habían penetrado en Jerusalén. La oposición de ambos países dañaba al comercio literario, y, además, el número de ejemplares de un libro era entonces tan escaso, que cada volumen se encontraba en parte enlazado al suelo en que había nacido. Creemos que la redacción de la Historia Sagrada jehovahista tampoco se conoció en Jerusalén antes del último siglo del reino de Israel. Era suficiente la enseñanza oral, pero se notaba vagamente que había llegado el tiempo de redactar esta clase de documentos. Probablemente se sabía que en esto se hallaba más adelantado Israel y que había cumplido su misión histórica.

Los dos reinos tenían muchas tradiciones comunes, anteriores todas a su separación, en tiempo de Roboam. Jerusalén tenía, además, documentos que el Norte no conocía. En tiempo de David y de Salomón se había escrito mucho. Tenían que pensar en formar una historia con estos documentos y tradiciones, y parece que tal obra debió de emprenderse en 825 u 820 antes de J. C.

El resultado fue más corto que el del Norte. Su carácter fue más sencillo, menos mitológico, menos extraño. Le faltaron una porción de rarezas que el redactor israelita había encontrado en el Libro de las Leyendas. El modo de hacer actuar a Dios era más reservado, menos cándido el antropomorfismo. Se ve que el autor temía comprometer la majestad divina atribuyéndole pasiones o defectos humanos. El autor tuvo, además, un escrúpulo singular. Por un instinto de color local, similar al que se encuentra en el libro de Job, no quiso designar a Dios con el nombre de Jehová hasta el momento en que tal nombre es promulgado y explicado a Moisés. Esta particularidad sin gran alcance ha sido el origen del nombre de Elohísta, con el que se designa al autor.

El redactor definitivo de la Historia Sagrada prefirió, para relatar la creación, el principio del autor de Jerusalén más que el principio del jehovahísta.

Se diferencian esencialmente. A pesar de lo mutilada que ha llegado a nosotros la relación del Norte, se puede afirmar que no hacía durar la creación del mundo seis días, sino uno solo; que se creaba al hombre antes de que existiera vida y vegetación en la tierra; que la de los animales era posterior a la del hombre, y que éste era creado varón y único, mientras, según la redacción de Jerusalén, los hombres fueron creados en número indefinido como los animales, unos varones y otros hembras. En el relato de Jerusalén faltaba la historia del paraíso y de la caída.

Si ciertamente el narrador del Norte, con su narración del paraíso y la caída, fue el fundador de la filosofía del pecado y del cristianismo al estilo de San Pedro, puede decirse que la redacción del Sur, por su principio, creó la física sagrada necesaria a cierto estado de espíritu en el que hay empeño en no ser absurdo más que a medias. Esta página ha limpiado el cielo, echando de él a los monstruos, las nubes mitológicas y todas las quimeras de las cosmogonías antiguas. Respondió a ese racionalismo mediocre que se cree con derecho a reírse de los débiles porque admite una dosis de sobrenatural lo más reducida posible. Después perjudicó bastante al progreso de la verdadera razón, que es la ciencia. La oposición que el cristianismo escolástico hizo a los sanos métodos de la ciencia, desde el siglo XIII al XVIII de nuestra Era, fue consecuencia en gran parte de esa página, funesta por muchos motivos, que hace casi inútil la investigación de las leyes naturales. Es preferible la mitología franca, a un buen sentido relativo, que llega a creerse inspirado. Las cosmogonías hesiódicas de Grecia están más lejos de la verdad que la primera página elohísta, pero han hecho desbarrar menos. No se ha perseguido a nadie en nombre de Hesiodo, ni se han reunido los contrasentidos para encontrar en Hesiodo la última palabra de la geología.

Realmente la bella página que inaugura el Génesis ni es sabia a la manera de la ciencia moderna, ni ingenua al modo de las cosmogonías paganas. Es una ciencia infantil: es el primer ensayo explicativo de los orígenes del mundo, que implica una idea bastante exacta del desarrollo sucesivo del universo. Todo nos indica que el origen de esta teoría cosmogónica es babilonio. La tendencia de explicar el Universo por medio de principios físicos caracteriza a la ciencia de Babilonia. El número siete ha sido de tiempo atrás sacramento en Babilonia, y por sí misma se presentaba con él la idea de las siete etapas en la obra creadora. Además, explicaba el descanso del séptimo día de la semana. La sencillez clara del genio hebreo y la limpidez de la narración hebraica eliminaron las exuberancias mitológicas de Babilonia y Harran e hicieron de la primera página de esta obra una maravilla en el arte de ser al mismo tiempo claro y misterioso, arte que es necesario en ciertos asuntos.

Las ideas del autor de Jerusalén sobre la humanidad primitiva son menos complicadas que las del autor israelita. No habla de Eva ni de Abel, ni da a Adán más hijo que Seth. Entre éste y Noé sólo existen diez generaciones de patriarcas.

La historia del diluvio es semejante en ambas narraciones, y análoga también al relato del diluvio caldeo descubierto actualmente, y no se diferencian uno del otro más que al final. El sacrificio de que se habla en la narración del Norte al relatar el final del diluvio no existe en la del Sur.

El gusto del redactor de Jerusalén por las genealogías le lleva a insertar la preciosa tabla de las razas del mundo, procedentes de los tres hijos de Noé. Tiro no figura como distinta de Sidón. No se menciona a los persas. Es notable su conocimiento de Siria, Arabia y Egipto. Se ven con bastante claridad Armenia, el Asia Menor y las riberas orientales del Mediterráneo. En cambio no se conocen las poblaciones iraníes ni la India.

Al autor le interesa particularmente la raza de Sem, y dentro de ésta la rama especial de los hebreos, y sigue su historia hasta el prelude del pacto con Abraham, pacto señalado por un nuevo precepto: la circuncisión al octavo día. Esta práctica llega a ser una obligación absoluta; ningún incircunciso puede ser de la raza de Abraham. El pacto con éste se renueva con Isaac y con Jacob.

En lo que concierne a Moisés, la redacción del Sur no se diferencia de la del Norte más que en algunos detalles, y considera también la aparición en el Sinaí como última y definitiva alianza de Dios con el pueblo elegido. La gran conmemoración de dichos sucesos milagrosos es la Pascua, que para este autor supone la circuncisión y consagración de los primogénitos.

La conquista de Josué hacía verdaderas las promesas hechas a los padres y probaba que Jehová había cumplido el pacto para que el pueblo lo cumpliera también.

El parecido del plan de ambas Historias Sagradas derivaba del parecido de las tradiciones orales y de un tipo de enseñanza ya existente entre las dos partes de Israel. Pero se nota al mismo tiempo gran diversidad entre ambas obras.

El espíritu poético y libre, la imaginación característica del relato de Israel no existen en el elohísta. El autor quiere servir a una causa religiosa, desea demostrar y tiende a una cronología. Todo indica un estado intelectual más reflexivo y positivo, más libre de sueños mitológicos que el del jehovahísta; una teología más sencilla, más severa, casi deísta.

Probablemente el autor fuera un sacerdote del templo, que tenía a su disposición los escritos conservados en los archivos desde el tiempo de David. Su obra, menos interesante que la de Israel, tuvo también menos publicidad. El texto histórico, al que suelen aludir los profetas, casi siempre es el jehovahísta. Hay que tener presente que la literatura escrita no tenía entonces la importancia que adquirió posteriormente. La

enseñanza oral era muy superior al libro. Se leía poco, la palabra sustitúa al libro y por eso tomaba formas tan vivas, concebidas para excitar la memoria y grabarse en ella.